

PASAJES DEL HUMOR DE LOS HUMORES¹

LUIS BUENO OCHOA²

«La persona que lee está lista en todo momento para volverse una persona que escribe, es decir, que describe o que prescribe.

Su calidad de experto —aunque no lo sea en una especialidad sino solamente en el puesto que ocupa— le abre el acceso a la calidad de autor».

(Walter Benjamin, *El autor como productor*)

RESUMEN: Diez pasajes del humor componen un mosaico inacabado de semblanzas que se van sucediendo: del singular al plural; humores y colores; humor con risa, sin risa y con sonrisa; buen humor y mal humor; el humor y la filosofía o la filosofía del humor; el sentido del humor; humorismo + metáfora; el falso humor del, igualmente falso, pensamiento positivo; los límites del humor y la rima del humor y el rumor.

PALABRAS CLAVE: humor; Teoría de los humores; humorismo; Filosofía.

Passages of the Humor of Humors

ABSTRACT: Ten passages of humor compose an unfinished mosaic of semblances that follow one another: from the singular to the plural; humors and colors; humor with laughter, without laughter and with a smile; good mood and bad mood; humor and philosophy or the philosophy of humor; sense of humor; humorism + metaphor; the false humor of the equally false positive thinking; limits of humor; the rhyme of humor and rumor.

KEY WORDS: Humor; theory of Humors; humorism; Philosophy.

¹ Comunicación presentada en las XXII Jornadas Internacionales de Filosofía *Pensar el Humor* organizadas por el Departamento de Filosofía, Humanidades y Comunicación de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales de la Universidad Pontificia Comillas de Madrid celebradas los días 22 a 24 de noviembre de 2017.

² Profesor del Área de Filosofía del Derecho de la Facultad de Derecho-ICADE. Universidad Pontificia Comillas de Madrid. E-mail: lbueno@icade.comillas.edu.

Diez pasajes que evocan el *Libro de los pasajes*, la que es considerada obra capital, pese a quedar inacabada, de Walter Benjamin, acogen un conjunto variado, mas no exhaustivo, de estampas que se regodean en el humor. Regodearse es, pues, el ejercicio que resulta de proponerse pensar al hilo de una decena de vericuetos atravesados por el inefable humor.

1. DEL SINGULAR AL PLURAL

¿Por qué no empezar (y, desde luego, terminar) hablando del humor pasando del singular al plural? Elevar el singular del humor al plural de los humores nos brinda un espacio, un cuádruple espacio, que nos permitirá avanzar, cuando no retroceder, en círculos que irán de lo concéntrico a lo excéntrico, sin saber bien cuál pueda ser el orden —y concierto— de unos y otros. Efectivamente, fue Hipócrates (460 a.C.-370 a.C.), a quien se debe la conocida «teoría de los cuatro humores» (Vintró Castells, 2009), que estuvo vigente hasta el siglo XIX, quien definió el temperamento atendiendo a cuatro humores. Así, los cuatro humores —sangre, bilis amarilla, bilis negra y flema— quedaron asociados a cuatro temperamentos —sanguíneo, colérico, melancólico y flemático—, pudiendo ser traída a colación, esta vez con cita de Empédocles (495 a.C.-430 a.C.), la «teoría de los cuatro elementos» (Casas Ulate, 2009); que, también correlativamente, podía plantearse recomponer la precedente asociación humoral-temperamental desembocando en aire, fuego, tierra y agua, respectivamente.

El punto de partida que, triplemente, como queda dicho, apela al número cuatro —cuatro humores, cuatro temperamentos, cuatro elementos— puede hacer las veces de plataforma sobre la que ir declinando tipologías del humor entre los humores. El afán descriptivo se aliará con la *asociación libre*, ilusoriamente libre, maticémoslo, para así decidirnos, una vez que hemos empezado, a continuar.

2. HUMORES Y COLORES

Aunque son muchas las variantes del humor (absurdo, inteligente, gráfico, *hacker...*) la remisión a los colores y, más específicamente, a la asociación humor-color, es habitual. De hecho, la triple distinción entre *humor negro*, *humor blanco* y *humor verde* es, diríamos, comúnmente admitida. A esta distinción nos referiremos sucintamente a continuación. Antes, sin embargo,

puede ser de interés mencionar la «teoría de los colores» de Goethe y, asimismo, cómo los colores afectan a nuestro estado de ánimo.

En su *Teoría de los colores* (1810) Goethe se propuso indagar en las leyes de armonía del color incidiendo en la forma en que nos afectan los colores. Sus investigaciones sobre el fenómeno subjetivo de la visión prefiguraron la actual psicología del color (Goethe, 1999); ésta distingue, elocuentemente, a título de ejemplo, entre *el color de la tristeza, los colores tiernos, los colores fuertes, el color de la pasión, el rojo de la rebelión, el color de la negativa, del rechazo...* y de ahí, por tanto, que a través de los tiempos se haya dado un significado emocional y simbólico a los colores (Martínez Cañellas, 1979). Por el momento, al menos, para dar continuidad a las cuatro variantes de la triple distinción humoral-temperamental-elemental, corresponde dejar constancia de una ulterior asociación a las ya precedentes marcada esta vez por cuatro colores —rojo, amarillo, negro y verde— que remiten, a su vez, a las cuatro estaciones —primavera, verano, otoño e invierno—, respectivamente.

Retomemos, con visos de continuar, la distinción previamente enunciada para dar cuenta de esas tres muestras de humor coloreado; a saber:

El *humor negro*, en palabras del surrealista André Bretón, artífice de esta denominación en su *Anthologie de l'humour noir* (1940), «tiene demasiadas fronteras: la tontería, la ironía escéptica, la broma sin gravedad... (la enumeración sería larga), pero, sobre todo, es el enemigo mortal del sentimentalismo con aire perpetuamente acorralado —el eterno sentimentalismo sobre fondo azul— y de una cierta fantasía de corto vuelo, que se toma demasiado a menudo por poesía, persiste vanamente en querer someter el espíritu a sus caducos artificios, y que no dispone ya de mucho tiempo para alzar sobre el sol, entre las demás semillas de adormidera, su cabeza de grulla coronada» (Breton, 2006). Según el Diccionario de la Real Academia Española, añadamos, consiste en el «humorismo que se ejerce a propósito de cosas que suscitarían, contempladas desde otra perspectiva, piedad, terror, lástima o emociones parecidas».

Con el *humor blanco*, como se dice desde *humor sapiens*, «suele aludirse, de manera intuitiva y aproximativa, al humor que —no importa cuál sea su tema— se percibe “limpio” de referencias al sexo, de burla o ataque contra alguien o algo, de cualquier tipo de virulencia o acidez, de cualquier intención que no sea la de hacer reír sanamente, “inocentemente”, por lo que no puede ofender ni a niños ni a abuelitas» (*Humor Sapiens*, 2017).

Finalmente, el *humor verde*, según se hace ver, «suele ser atrevido, picante, osado... [Los chistes] despiertan el atrevimiento y los sentidos. Son chistes provocadores y si son inteligentes y finos pueden ser hasta afrodisíacos.

Es el que mejor usa el sarcasmo, el doble sentido, la ironía, el sexo» (*Drama Offline*, 2017).

Aunque la clasificación colorista del humor, de los humores, ha quedado circunscrita a solo tres colores, negro, blanco y verde, no está de más indicar que no es difícil detectar otras clasificaciones que amplían el muestrario a muchas otras tonalidades como, entre otras, el rosa, rojo, beige, blanco y negro, lila, marrón, azul, gris y naranja.

3. HUMOR CON RISA, SIN RISA Y CON SONRISA

Con *La risa. Ensayo sobre la significación de lo cómico* (1904) de Henri Bergson podríamos vernos tentados de distinguir entre lo cómico y el humor (tentación, dicho sea de paso, a la que, finalmente, cederemos); y, llegado el caso, podríamos aprovechar para distinguir tres gradaciones según se estuviera en presencia y/o ausencia de la risa o, de otra forma, que hiciera acto de aparición la sonrisa.

Cabría decir, con impronta bergsoniana, que el humor es una cosa muy seria. En este sentido, bastaría fijarse en el final de la obra de referencia para constatar que aun cuando se afirma que la risa es alegría se termina advirtiendo que «el filósofo que la recoge para saborearla encontrará algunas veces, por una exigua cantidad de materia, una cierta dosis de amargura» (Bergson, 1985). La risa amarga puede tener que más que ver con la sonrisa; y tamaña seriedad, llegada la muerte, puede terminar aniquilando aquella puesto que lo de «morirse de risa» (Nuñez Florencio, 2017) no quedaría en mera *boutade*.

La risa y la sonrisa y, por qué no, también la falta de risa, remiten a más distinciones como aquellas otras en las que cabría hacer alusión al chiste, la comicidad y el humor. Así, por ejemplo, en *El chiste y su relación con el inconsciente* (1905) el padre del Psicoanálisis, admirador incondicional del aforista Lichtenberg, aclaraba que tanto el chiste como la comicidad y el humor eran métodos para reconquistar un placer que se había perdido: «El placer del chiste nos pareció surgir de *gasto de inhibición ahorrado*; el de la comicidad, del *gasto de representación (de catexis) ahorrado*, y el del humor, de *gasto de sentimiento ahorrado*» (Freud, 2006).

Cabría plantearse, llegados a este punto, si la presencia y/o ausencia de risa y/o sonrisa, como la tríada chiste, comicidad y humor, no hacen sino revolver la inhibición, la representación y el sentimiento. Con todo, no convalidará rehuir la equívocidad latente, si no manifiesta, entre lo cómico y el

humor a través de un estudio clásico como el de Theodor Lipps titulado *Komik und Humor* (1898). Su teoría de lo cómico, de ascendencia kantiana, partía de la fusión del displacer y el placer causado por la ruptura de nuestras expectativas sobre el acontecimiento en cuestión, distinguiendo tres clases de comicidad: lo *bufo* —identificado con lo grosero—, lo *burlesco* —asimilado a la parodia— y lo *grotesco* —emparentado con la exageración cuando no con la caricatura e incluso con lo monstruoso y lo fantástico—. El humorismo, por su parte, era interpretado como «el sentimiento de lo sublime en lo cómico y por lo cómico» (Lipps, 2015), observándose tres grados de humor: el *humor humorístico* —o reconciliado, es decir, una mezcla de optimismo y lirismo—, el *humor satírico* —caracterizado por oponer a las contradicciones del mundo un ideal— y el *humor irónico* —que tiene lugar cuando el sujeto es consciente del absurdo del mundo— (Llera, 2003).

4. BUEN HUMOR Y MAL HUMOR

El «buen humor», como el «buen amor» del Arcipreste de Hita, puede ser considerado un don. Y, de la misma manera, se podría decir que el mal humor sería, por tanto, una especie de maldición. Entre dones y maldiciones reaparecen los temperamentos, los caracteres, en definitiva, los diferentes estados de ánimo. Así, correríamos el riesgo de vernos enfangados en el clásico —y cada vez más en entredicho— debate «natura *versus* cultura» para tratar de zafarnos del poder atávico de la genética y disponernos a apostar por la capacidad de aprendizaje. Algo así como reivindicar el libre albedrío en detrimento del determinismo. Algo así como admitir, por paradójico que resulte, que lo de *bienhumorado* (que, según la RAE, no existe) bien pudiera verse atraído, si no absorbido, por lo de *malhumorado* (que sí existe al abrigo de la autoridad de la antedicha RAE). Distinguir entre uno y otro, entre el buen y el mal humor, sería, con Unamuno, una tarea fútil. En un artículo titulado «Malhumorismo» (1910), sin descuidar la *vis* trágico-agónica, pero bienazonada de ironía, el vasco puntualizaba que «conviene fijarse bien en el origen fisiológico de este vocablo. Sabido es lo que llamamos humores del cuerpo. Y el humor, en efecto, me parece que casi siempre es de origen, no ya fisiológico, sino patológico. El humor suele ser un mal humor, engendrado, tal vez, por dispepsia» (Unamuno, 1968).

El «mal humor», por tanto, se impone, acaba imponiéndose. En la recta final del artículo citado Unamuno concluía que «acaso una de las buenas definiciones que del humorismo pueden darse es decir que es la visión del

mundo a través de una enfermedad, no ya de un temperamento». Con todo, tal vez apelando a una suerte de sensatez-sensibilidad, aun pesimista, el humor, a secas, podría consistir en estar en disposición de detectar eso que en otro ámbito se denomina *fumus boni iuris*, es decir, «humo —aroma o apariencia— de buen Derecho» (véase, a este respecto, el artículo 728.2 de la Ley de Enjuiciamiento Civil). El humo que desprende el humor, ya sea uno u otro el estado de ánimo, es, en cualquier caso, susceptible de ser apreciado de forma muy diversa; según se pregunte uno por el humor que tenga en determinado momento o por el humor que exhiban aquellos con quienes uno tenga que tratar.

5. EL HUMOR Y LA FILOSOFÍA O LA FILOSOFÍA DEL HUMOR

Dos referencias asaltan la *asociación libre* que nos acoge a partir de un par de lecturas más o menos recientes. En una, referida a un trabajo, así subtítulo, *Filosofía del humor*, dedicado a Woody Allen, la teoría de la risa se clasifica, a su vez, en cuatro teorías: de la *superioridad*, de la *inadecuación*, de la *liberación de la presión* y, finalmente, de la *ambivalencia*; si bien se reconoce superioridad a la *teoría de la inadecuación* porque sólo ésta tiene que ver, rectamente, con la risa humorística al ser «la única teoría que apela a una cualidad del objeto cómico o ridículo de la situación cómica o ridícula en sí mientras las otras teorías discuten aspectos de los receptores» (Hosle, 2002). Y, en otra, que data de 2015 y se debe al incansable Slavoj Žižek titulada, *Mis chistes, mi filosofía*, «la palabra divertido no es sólo cuestión de risa (que también), sino que implica una actitud irónica, subversiva, reflexiva y comprometida. El [...] libro reúne 107 chistes, desperdigados por toda la obra de Žižek, en un volumen que parece dar la razón a la frase de Wittgenstein: «Una obra filosófica sería debería estar compuesta enteramente de chistes» (Žižek, 2015).

El sintagma que nos ocupa, *filosofía del humor*, constatémoslo, no es algo aislado. Antes al contrario, hay profusión de trabajos, por lo menos se han podido localizar nueve, en los que la denominada *sonrisa filosófica* invita a «un viaje con humor a través del pensamiento»: además de los ya mencionados de Bergson y Hosle, pueden ser citados otros tales como *Platón y un ornitorrinco entran en un bar: la filosofía explicada con humor* (2008), *Aristóteles y un armadillo van a la capital: las mentiras de los políticos analizadas con humor* (2009) y *Heidegger y un hipopótamo van al cielo: la vida, la muerte y el más allá estudiados con filosofía y mucho humor* (2010), los tres de Thomas Cathcart y Daniel Klein; *Carta abierta de Woody Allen a Platón*

(Espasa, 2006), de Juan Antonio Rivera; *El sentido de la vida-Monty Python's The Meaning of Life*, film estrenado en 1983, dirigido por Terry Jones; *El bibliómano ignorante* (2009), de Luciano de Samósata; y *La sonrisa del sabio: ensayos sobre humor y filosofía* (2010), de Manuel Ballester Hernández y Enrique Ujaldón Benítez.

Si previamente nos hemos referido al número nueve podrá hacerse lo propio con el número siete a la hora de sintonizar, en sentido estricto, con las siete semejanzas detectadas entre filosofía y humor: 1) Son conversacionales; 2) parten de experiencias cercanas, familiares; 3) parten y plantean preguntas; 4) necesitan de una cierta distancia emocional; 5) pensamiento crítico; 6) el lenguaje, la palabra como «arma»; y 7) generan placer (Lozano y Piedrahita, 2017).

La acción de pensar provista de humor o, si se prefiere, de humores, puede dar mucho de sí. Dos últimos ejemplos, si no tres, lo ilustrarán: así, se puede releer el cartesiano *Cogito, ergo sum*, en algún caso, con John Allen Paulos o Nuria Graell, como «pienso, luego río» (Paulos, 1987); sin olvidarnos de esa viñeta de Antonio Fraguas, «Forges», en la que un personaje, cariacontecido, comenta a otro, que asiente, eso de «pienso, luego estorbo» (viñeta que bien pudiera verse complementada con esa otra de Andrés Rábago, «El Roto», en la que alguien del *establishment*, con dedo acusador, pregunta: «¿Es Vd. un ciudadano normal o todavía piensa»).

En fin, cabría preguntarse si la acción de pensar desprovista de humor, lo que podría dar lugar a eso que podría denominarse *pensar deshumoradamente*, sería factible o si tendría sentido. Por cierto, puesto que hablamos de sentido, de los sentidos, de la búsqueda del sentido, tiene sentido pasar al pasaje siguiente.

6. EL SENTIDO DEL HUMOR

El sentido, los sentidos y el sinsentido. Como el sentido de humor, según se dice y según parece, se tiene o no se tiene, el sentido y el sinsentido, y ahora los sentidos, no podían faltar.

Más allá de los cinco sentidos (vista, oído, tacto, olfato y gusto) cabe aludir al conocido como «sexto sentido» y, por extensión, al humor. Si el sexto sentido, el conocido como «sentido común», es, como se ha dicho, el menos común de todos los sentidos (la frase en cuestión, «el sentido común es el menos común de los sentidos», se atribuye al periodista y político estadounidense Horace Greeley (1811-1872) quien, al parecer, se inspiró en esta otra de Voltaire (1694-1778): «El sentido común no es nada común») constituye

una tentación aunar sentido común y sentido del humor. Lo que es común, y lo que deja de serlo, puede dar lugar a un maridaje del que pueden saltar chispas por no decir, para simplificar, que difícilmente se puede tener sentido común haciendo abstracción del sentido del humor y viceversa. Esta última afirmación requeriría una sólida demostración que, por razones obvias, es decir, por no contrariar al sentido común y no dejar en entredicho un supuesto —o hipotético— sentido del humor, no será revelada. No lo fue *in illo tempore* y nada apunta, eso parece, a que pueda hacerse ahora.

De cualquier manera, para no hacer leña del árbol caído y abstenernos de retroalimentar, entre la resignación y la frustración, un eventual sentimiento de culpabilidad, convendrá admitir que, como pasa con las casas, no todas cuentan con todas o las mismas estancias. Y tan es así que, en efecto, no todas las casas, como tampoco todas las personas, cuentan con esa estancia del sentido común, tan próxima, cuando se da, que generalmente se comparte con el sentido del humor. Lo de compartir estancias, en tiempos colaborativos, es fácilmente imaginable; valga, pues, el paralelismo a la hora de compartir, ya sea el sentido común y el sentido del humor, ya sea el *dining room* y el *sitting room*.

El humor, como hemos podido comprobar, se apoya en los humores, los temperamentos, los elementos; admite diversas coloraciones y estaciones; e incluso se ve atravesado por los sentidos. El sentido del humor no está reñido, ni mucho menos, con el sinsentido (el *humor absurdo*, también conocido como *humor surrealista*, es buena prueba de ello; como maestro del humor absurdo, o del humor surrealista, suele ser citado el belga René Magritte (1888-1967) quien cultivó, valdría decir, el arte de cuestionar la relación entre objetos y lenguaje a base de ingenio y provocación). Del sinsentido, o de la búsqueda del sentido, recalamos de vuelta en el carácter inefable del humor, cuyos insondables misterios habrían de sumergirnos en los no menos insondables misterios del estado de ánimo. La circularidad del argumento resulta, pues, inevitable: del humor a los humores llegamos, de nuevo, al temperamento, al carácter, al estado de ánimo. Repárese, pues, que, precisamente, es el estado de ánimo lo que define, en términos coloquiales, al humor: «El término *humor* se usa también como sinónimo de estado de ánimo, talante o disposición. Si no, fíjense en expresiones como “estar de buen (o mal) *humor*”, “estar (o no) de *humor* para algo”, tener “un *humor* de perros”, etc. En estos casos el término conserva su semántica original, ligada a la antigua teoría de los cuatro humores corporales» (*Humor Sapiens*, 2017).

Obsérvese, otra vez, que el sentido de humor nos ha devuelto a la situación de la que partíamos. El humor dominante se corresponde con el estado de ánimo. El buen y el mal humor —y como sinónimo el estado de

ánimo— se relacionan con dos polos, la alegría y la tristeza, que, en estado de equilibrio, producen *eutimía*; y en el de desequilibrio, que puede llegar hasta lo patológico ante la desviación de una (alegría), la manía (*hipertimía*), o la otra (tristeza), la depresión (*distimía*).

7. HUMORISMO + METÁFORA

No podíamos pasar, seguir pasando, sin que nos topáramos con un pasaje dedicado a Ramón Gómez de la Serna, en adelante, Ramón, Ramón sin más. La receta enunciada, «humorismo + metáfora», tiene como cociente la greguería (Gómez de la Serna, 2013). La greguería constituye, ciertamente, la «contraseña universal» ramoniana. Traspasando su acepción literal, como «algarabía, gritería confusa», la greguería se erige en una auténtica señal de identidad pues como reconociera Ramón «fue lo que trajo la suerte. Gracias a las greguerías he vivido, he conferenciado, he viajado, he tenido contraseña universal» (Gómez de la Serna, 2013). La greguería, como hiciera notar el crítico Camón Aznar, «nace de la alegría» (Camón Aznar, 1972), no obstante, ese halo mortuorio del *letraherido* Ramón está muy presente. Basta recordar que el más famoso de sus escritos autobiográficos se titula, con el mejor título imaginable, *Automoribundia* (1948); sin que sea de recibo omitir las expresivas declaraciones recogidas en su *Muestrario* (1918): «Yo vivo un eterno ocaso de muerto [...] Yo me siento morir alegremente y así me preocupo y me fijo en las cosas. Este sentirme morir sin temores ni ideales de lucro inmortal, este sencillo sentirme morir es lo que da esa desvergüenza, esa corrupción y ese plante a mis cosas, eso es lo que las desenlaza y las quita gravedad» (Gómez de la Serna, 1997).

En *Ismos* (1931), el genio ramoniano dedicó una de sus entradas al *humorismo*. Considerado no ya un género literario sino una actitud frente a la vida sólo es soportable cuando va unido a la poesía. El humor de calidad, como afirma el crítico antes citado, «comienza en sonrisa y termina en melancolía» (Camón Aznar, 1972). Las perlas contenidas en el pasaje ramoniano dedicado al humor empujado por el sufijo *-ismo* son incontables. Aunque sea a fuerza de reprimirse algunas de las comprendidas en las primeras páginas podrán estimular el apetito del lector. Alguna incide en la teoría de los humores: «Todo el fondo humoral se complace en el humorismo, se solaza en él» (Gómez de la Serna, 2005). Otra se regodea en la imposibilidad: «Definir el humorismo en breves palabras, cuando es el antídoto de lo más diverso, cuando es la restitución de todos los géneros a su razón de vivir, es lo más difícil del mundo». Otra, por ejemplo, se fija en la actitud: «La actitud

más cierta ante la efimeridad de la vida es el humor». Y otra más, entre tantas y tantas, se decanta por el par amargura-inutilidad: «No se propone el humorismo corregir o enseñar, pues tiene ese dejo de amargura del que cree que todo es un poco inútil».

Sin perjuicio de lo expuesto, no deja de ser polémica la adscripción de Ramón al humor. Camón Aznar, de nuevo citado, ponía entre interrogantes esta posibilidad, la de *¿Ramón humorista?*, tal vez teniendo *in mente* lo declarado al efecto por el propio Ramón al distanciarse de la vanguardia en pos del porvenir: «Yo ya no soy vanguardista. He renunciado a ese bello nombre que se ha vuelto insultante [...] Yo soy porvenirista y por eso la tesis de mi obra es tesis hacia el porvenir» (estas declaraciones fueron recogidas por José Montero Alonso en *Nuevo Mundo*, el 29 de noviembre de 1929, poco antes del estreno de la única obra de teatro de Ramón representada en vida del autor, *Los medios seres*). Sin embargo, no parece discutible que la audacia ramoniana constituya un rasgo de humor, siendo procedente, en suma, «esa calificación de humorista de la gota de poesía que Ramón pone en cada una de sus greguerías» (Carrión Aznar, 1972).

8. EL FALSO HUMOR DEL, IGUALMENTE FALSO, PENSAMIENTO POSITIVO

Si el pasaje precedente tenía por objeto reivindicar a Ramón en el contexto que nos ocupa, el del falso humor, el que ahora comienza, empero, está teñido por el carácter de denuncia. Si antes se ha escrito abiertamente *a favor*, ahora, en cambio, se escribe decididamente *a la contra*. La diatriba, que no nos duelan prendas a la hora de decir lo que hay que decir, es la razón de ser del actual pasaje. Nos limitaremos a dejar enunciado, y poco más, eso que ante el dilema «sonríe o muere» Barbara Ehrenreich ha llamado, con tanto tino, «la trampa del pensamiento positivo» (Ehrenreich, 2011).

El buen humor, el *humor bobalicón* del pensamiento positivo enlaza con el «pensamiento mágico» y se hunde, aunque pretenda emerger, en «las negras raíces del optimismo estadounidense». La Psicología positiva, concebida como ciencia de la felicidad, esa que puebla los estantes de las librerías con un género mendaz como es el de los libros de autoayuda, es la responsable del falso humor que es objeto de denuncia. «La autoayuda es —como afirma Victoria Camps— la negación de la filosofía, porque la primera quiere dar respuestas claras y fáciles a problemas complejos, mientras que la filosofía tiene como misión introducir dudas en los problemas» (Camps, 2011; y, asimismo, Viñas, 2012).

Los apóstoles de la Psicología positiva, Martin Seligman y antes Norman Vincent Peale, entre otros muchos, han fraguado, como sostiene Ehrenreich, la afirmación básica del pensamiento positivo: «La felicidad —o el optimismo, las emociones positivas, el afecto positivo y *lo positivo* en general— no es sólo algo deseable, sino útil, algo que te lleva a tener mejor salud y a conseguir más éxitos» (Ehrenreich, 2011). Las consecuencias, digámoslo sin tapujos, no pueden ser más funestas: el humor, como corolario de la que es considerada como *auténtica felicidad*, es decir, la que resulta de las proyecciones de los —buenos, positivos— sentimientos prepara el terreno para el (auto)engaño, razón de más para subrayar el acierto del subtítulo del libro de Ehrenreich que ahora resuena: «La trampa del pensamiento positivo».

Concluamos este crítico pasaje con una contención que no rehúye cierta negatividad al ver sofocada, siquiera sea por el momento, la diatriba contra la ciencia de la felicidad. Valdrá decir, con ánimo conclusivo, que la salida de la *autoculpable infelicidad* a través de la sonrisa, como proyección de las emociones positivas, no es más que una falsa humorada que nos sitúa en el disparadero para que despertemos de esa fantasía colectiva que es el pensamiento positivo.

9. LOS LÍMITES DEL HUMOR

El penúltimo pasaje no es más que una excusa para traer a colación un fragmento de la segunda novela del siempre polémico Michel Houellebecq, *Las partículas elementales* (1998). La anterior mención a la trampa sirve en bandeja la refutación del humor como antídoto eficaz frente a los sinsabores de la vida. El texto que pasa a ser transcrito habla por sí mismo. El carácter instrumental del humor como estrategia vital tiene un alcance limitado. Al final, uno deja de reírse. Si no pronto, tarde, y es que, como alertaba Marguerite Duras, «muy pronto en la vida es demasiado tarde». El parlamento de un personaje secundario en la novela, Walcott, con un trasfondo lluvioso y melancólico irlandés, no tiene, como se suele decir, desperdicio. Aquel, en un tono no especialmente confidencial le cuenta las verdades del barquero a Michel, uno de los dos hermanos coprotagonistas de la novela:

«...El humor no nos salva; no sirve prácticamente para nada. Uno puede enfrentarse a los acontecimientos de la vida con humor durante años, a veces muchos años, y en algunos casos puede mantener una actitud humorística casi hasta el final; pero la vida siempre nos rompe el corazón. Por mucho valor, sangre fría y humor que uno acumule a lo largo de su vida, siempre acaba con el corazón destrozado. Y entonces uno deja de reírse. A

fin de cuentas, ya sólo quedan la soledad, el frío y el silencio. A fin de cuentas, sólo queda la muerte» (Houellebecq, 2012).

Terminemos este penúltimo pasaje redoblando ese carácter tramposo antes denunciado, sin dejar de considerar, por tanto, que en última instancia el humor tampoco se escapa de las redes del autoengaño.

10. LA RIMA DEL HUMOR Y EL RUMOR

Una rima nada sofisticada con la sola variación de las primeras letras «h» y «r», *del humor y el rumor*, nos brinda un final que, por así decir, nos lleva ¿telúricamente? a esa melancólica «felicidad de estar triste» a que se refería Victor Hugo.

El *humor entristecido* encuentra, perdidamente, sin necesidad de buscar, entre los dos caballeros de Kierkegaard, el de la resignación infinita y el de la fe, porque, al decir de Tertuliano, *credo quia absurdum*, porque con —o sin— «temor y temblor», porque...

*Tal vez el humor no sea más que un rumor
para tranquilizar los humores
del que hacen gala
quienes han perdido o, sencillamente, carecen
de sentido de humor
del sentido de la pérdida
la pérdida como maldición, la perdición.*

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ballester, M., y Ujaldón, E. (2010). *La sonrisa del sabio: ensayos sobre humor y filosofía*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Benjamin, W. (2005). *Libro de los pasajes*, trad. de I. Herrera Baquero, L. Fernández Castañeda y F. Guerrero. Tres Cantos (Madrid): Akal.
- Bergson, H. (1985). *La risa. Ensayo sobre la significación de lo cómico*, traducción de A. Aydée Raggio. Madrid: Sarpe. Recuperado de https://ciie-r10.wikispaces.com/file/view/2.+Bergson_La+risa.pdf.
- Breton, A. (2006). *Antología del humor negro*, trad. de J. Jordá. Barcelona: Anagrama.
- Camón Aznar, J. (1972). *Ramón Gómez de la Serna en sus obras*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Camps, V. (2011). *El gobierno de las emociones*. Barcelona: Herder.
- Casas Ulate, R. (2009). «Los griegos y la doctrina esotérica de los elementos», en *Uniciencia*, núm. 23.

- Cathcart, Th., y Klein, D. (2008). *Platón y un ornitorrinco entran en un bar: la filosofía explicada con humor*, trad. de N. Pujol y Valls. Barcelona: Planeta.
- (2009). *Aristóteles y un armadillo van a la capital: las mentiras de los políticos analizadas con humor*, trad. de F. García Lorenzana. Barcelona: Planeta.
- (2010). *Heidegger y un hipopótamo van al cielo: la vida, la muerte y el más allá estudiados con filosofía y mucho humor*, trad. de E. G. Muñiz. Barcelona: Planeta.
- Cuentacuentos en tiempo de descuento*: <http://filostreet.blogspot.com>. Recuperado de <http://filostreet.blogspot.com/2014/07/forges-pienso-luego-estorbo.html>
- Drama Offline (Teatro, Cine & Psicodrama)*. <https://sites.google.com/site/dramaoffline>. Recuperado de <https://sites.google.com/site/dramaoffline/blog/coloresdehumor>.
- Ehrenreich, B. (2011). *Sonríe o muere. La trampa del pensamiento positivo*, trad. de M. Sierra. Madrid: Turner.
- Freud, S. (2006). *El chiste y su relación con el inconsciente*, en *Obras Completas*, Tomo II, trad. de L. López-Ballesteros y de Torres. Barcelona: RBA (Biblioteca Nueva).
- Goethe, J. W. v. (1999). *Teoría de los colores*. Murcia: Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos técnicos.
- Gómez de la Serna, R. (2013). «Prólogo», *Total de Greguerías*, en *Obras Completas*, ed. de Ioana Zlotescu, *Ramonismo VI*, Vol. VIII. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- (1997). *Muestrario*, en *OO.CC., op. cit., Ramonismo II*, Vol. IV.
- (2005). *Ismos*, en *OO.CC., op. cit., Ensayos, Retratos y biografías I*, Vol. XVI.
- Graell, N. (2015). *Pienso, luego río: Monólogos y reflexiones de una presunta ciudadana*. ¿Barcelona?, EE. UU.: Createspace Independent Publishing Platform.
- Hosle, V. (2002). *Woody Allen. Filosofía del humor*, trad. de C. Fortea Gil. Barcelona: Tusquets.
- Houellebecq, M. (2012). *Las partículas elementales*, trad. de E. Castejón. Barcelona: Anagrama.
- Humor Sapiens (Crear, pensar y vivir con humor)*: <http://humorsapiens.com>. Recuperado de <http://humorsapiens.com/teoria-del-humor/clasificaciones-del-humor> y <http://humorsapiens.com/significado-de-humor-como-estado-de-animo-conjetura-humor-sapiens>
- Kierkegaard, S. (2014). *Temor y temblor*, trad. de V. Simón Merchán. Madrid: Alianza.
- Lipps, Th. (2015). *El humor y lo cómico. Un estudio estético-psicológico*, trad. de Cl. Cabrera. Barcelona: Herder.
- Lozano, I., y Piedrahita, L. «Siete semejanzas entre filosofía y humor», en *La ventana de la filosofía*, Cadena Ser. Recuperado de http://cadenaser.com/programa/2017/10/03/la_ventana/1507053228_338813.html.
- Luciano de Samósata (2009). *El bibliómano ignorante*, trad. de H. González Vaquerizo, prólogo de I. de los Ríos. Madrid: Errata Naturae.
- Llera, J. A. (2003). «Una aproximación interdisciplinar al concepto de humor», en *Signa. Revista de la Asociación Española de Semiótica*, núm. 12.
- Martínez Cañellas, A. (1979). «Psicología del Color», en *Maina*, Núm. 0, pp. 35-37. Recuperado de <http://www.raco.cat/index.php/Maina/article/viewFile/104120/148287&a=bi&pagenumber=1&w=100>.
- Nuñez Florencio, R. (2017). «Morirse de risa» (blog): <https://www.revistadelibros.com/blogs/morirse-de-risa/>.
- Paulos, J. A. (1987). *Pienso, luego río*, trad. de M. Sansibre. Madrid: Cátedra.

Rábago, A. «El Roto»: elroto.es/.

Rivera, J. A. (2006): *Carta abierta de Woody Allen a Platón*. Madrid: Espasa Hoy.

Unamuno, M. de (1968): «Malhumorismo», en *Soliloquios y conversaciones*, en *Obras completas*, tomo III, Nueva York, Las Américas Publishing Company, pp. 418-423.

Primera publicación en *La Nación*. Buenos Aires, 25 de diciembre de 1910. Recuperado de <http://www.bibliothecascriptorumcomicatorum.org/index.php/component/content/article/81-humor/86-malhumorismo>.

Vintró Castells, E. (2009). «Hipócrates y la teoría de los humores», en García Solere, M.^a J. (ed.): *El humor (y los humores) en el mundo antiguo*. Las Palmas de Gran Canaria: Adolf M. Hakkert Editore.

Viñas, D. (2012). *Erótica de la autoayuda. Estrategias narrativas para promesas terapéuticas*. Barcelona: Ariel.

Žižek, S. (2015). *Mis chistes, mi filosofía*, trad. de D. Alou. Barcelona: Anagrama.